

EL ASALTO A LA INTIMIDAD DEL HOMBRE

LA MEMORIA DEL PODER

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

LOS informadores preguntan a un niño de cuatro años: ¿De qué hablan tus padres en casa? El niño de cuatro años ofrece una serie de conversaciones rotas: nombres, frases, temas. El informador ya tiene suficiente. Aparentemente se trata de una encuesta valorativa del medio familiar. Hay que saber cómo es el medio para una mejor orientación del sistema educativo.

Horas después, en la misma ciudad. Un informador realiza una encuesta dentro de un centro educacional piloto. Se trata ahora de adolescentes a punto de entrar en la Universidad. Preguntas sobre sus costumbres sexuales o sobre si se drogan o sobre la religión. Primeramente el encuestador ha encarecido una y otra vez que el adolescente es libre de contestar o no, pero si contesta ha de hacerlo con una total sinceridad. Es un reto. Un reto que difícilmente desestimará un adolescente, dispuesto a hacerse oír en una de las escasas oportunidades que tiene de hacerse oír. Y el adolescente opina sobre lo divino y lo humano.

—Y en este centro, aquí mismo, ¿quiénes son tus compañeros habituales?

El adolescente empieza a dar nombres poco determinativos.

—No. Por favor. Nombre y apellido completo.

En la red

Hasta hace unos años, la denuncia contra las técnicas de control del ciudadano parecía ser una cuestión típicamente norteamericana. Era lógico que en la organización social más programadamente liberal del mundo, sociólogos y ciudadanos de a pie se revolvieran contra todo aquello que ponía en peligro el «status» de su vida privada. Recién salido de la pesadilla paternalista del autoritarismo, el hombre liberal del siglo XVIII o XIX se preocupó ante todo de crear normas jurídicas que le protegieran de la libertad de los demás y que limitaran las potestades del poder para inmiscuirse en sus asuntos. En Inglaterra la construcción de la libertad de expresión se hizo sobre la base de la *Libel Act*, severa ley que castigaba todo lo que fuera violación de la vida privada.

De la misma manera que apareció muy lógica la especial sensibilización anglosajona ante la cuestión, cualquier teórico razonaba que igualmente lógico era el forcejeo del poder para disponer de un cierto control informativo de los ciudadanos, precisamente porque los ciudadanos disponían de suficientes elementos legales para ser difícilmente controlables. Los estudios del norteamericano Vance Packard empezaron a llegar a Europa en la década de los sesenta y significaban la denuncia del «control» pro-

gresivo a que se iba sometiendo al ciudadano americano. Tanto en *La Persuasión Clandestina* como en *Una sociedad sin defensa* o en *Los trepadores de la pirámide*, Packard ofrecía un cuadro objetivo y hasta entonces no formulado, de la perpetua contradicción entre libertad individual y seguridad de mantenimiento del complejo de normas, verdades y leyes establecidas.

El análisis de Packard denunciaba por primera vez la pérdida de capacidad de elección mediante la manipulación publicitaria, la falta de respeto a la vida privada por parte de los distintos sistemas de información que iban imponiéndose al servicio del poder económico o político, la falta de libertad social condicionada por la falsa dinámica interna de la pirámide. Oponer la figura de la pirámide, característica de la organización social medieval, a la idea de «sociedad abierta» creada por la filosofía liberal, ya era un considerable escándalo.

Europa acaba de salir de la pesadilla fascista. Tenía ideas muy propias y claras sobre el «control» del ciudadano. El estudio de Serge Tchakhotine, *Le viol des foules*, era algo así como un balance clásico de las técnicas totalitarias de control, modificación y mediatización de la opinión pública. Europa conocía, pues, la grosería cotidiana del *goebbelsianismo* y los métodos de propaganda enriquecidos por las sabidurías del psicoanálisis y la reflexología. La brutalidad del «control» cruento otorgaba al europeo un cierto derecho a la sonrisa ante las matizaciones del «control incruento» enunciadas por Vance Packard. Pero desde entonces el desarrollo de un neocapitalismo europeo a imagen y semejanza del norteamericano ha convertido el lejano espectáculo superproducido por Vance Packard y otros sociólogos en algo

presente en la vida y milagros de todo Occidente. El poder se defiende de la libertad, sobre todo de la libertad colectiva de modificarle. Se defiende con las leyes, con el juego integrador de las estructuras y con una nueva medicina social que podríamos calificar de preventiva: El Control.

Gran golpe en Manhattan

En nuestras carteleras, una película que cualquier crítico cinematográfico calificaría de frustrada. Es posible que *Gran golpe en Manhattan*, del director Sidney Lumet, sea cinematográficamente hablando una película irregular. Pero tiene un interés testimonial de excepción: un hombre que prepara un audaz robo padece el «control» secreto de cuatro «Policías paralelas»: el FBI entra en su vida porque uno de los cómplices es un negro, posible *black panter*; la Policía del *Departamento del Tesoro* fisga en sus asuntos porque el socio capitalista de la operación es un «gangster» defraudador del fisco; la Policía especial anti-droga también le somete a sus ojos distantes porque otro de los implicados es un muchacho drogadicto; finalmente, la cuarta Policía es «privada»: otro ciudadano, con mucho dinero, le vigila porque el supercontrolado hombre se entiende con su mantenida.

Sobre el protagonista de la película, Sean Connery, pende un constante ojo invisible. La situación parece responder a la pregunta de los héroes de Dostoyewsky: si Dios no existiera, ¿todo estaría permitido? Preventivamente, el estado policía sustituye el ojo telúrico por el ojo televisivo, por el ojo de la Leica, por la cinta magnetofónica,

por los teléfonos intervenidos. Ya hay respuesta para el inquieto Alíoshá Karamazov: si Dios no existiera, la electrónica se encargaría de echarle una mano al sistema establecido.

No se trata de un argumento cinematográfico efectista. Responde a la conciencia del nivel a que ha llegado el «control» en los Estados Unidos. Se cree que el FBI dispone de un fichero donde está un 40 por 100 de la población norteamericana. No sólo están allí los que han delinquido en una u otra ocasión, en mayor o menor gravedad o medida. A los ficheros del FBI va a parar información clandestina, suministrada por medios no legales, y sobre toda clase de personas. En Estados Unidos funciona una Agencia Nacional de Control que está al servicio de las distintas «Policías paralelas». Packard, en *Una sociedad sin defensa*, dedicaba un capítulo al floreciente comercio de la venta de datos sobre nuestra vida privada y hablaba de tres formas fundamentales de tráfico de información:

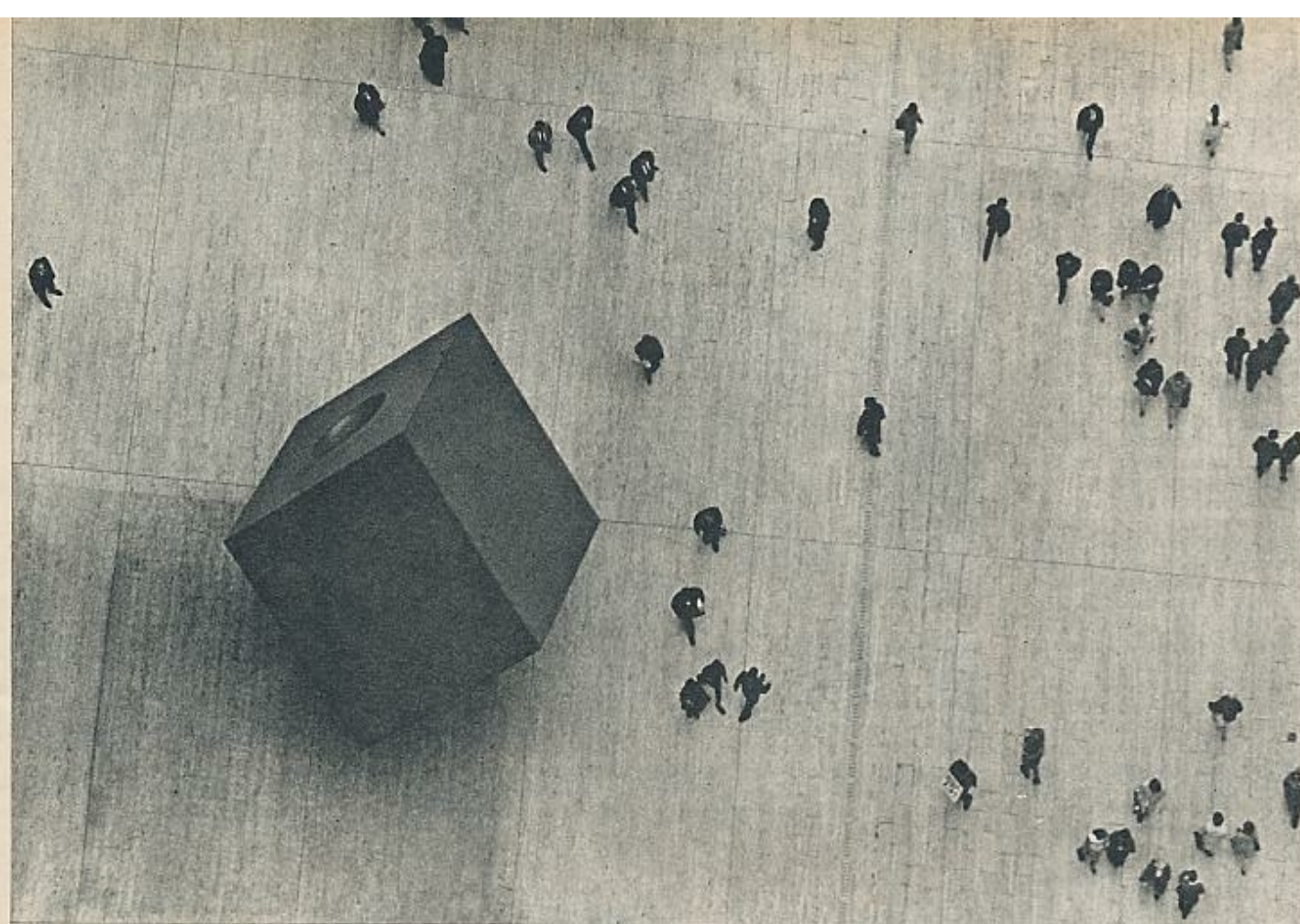
Cambios de información a partir de organismos gubernamentales en posesión de «dossiers» confidenciales.

Cambios de información entre oficinas de encuestas del Gobierno y oficinas de encuesta del sector privado.

Cambios de información entre individuos y organismos privados que han accedido a informaciones confidenciales sobre los ciudadanos.

Packard publicó este libro en 1964, cuando los problemas de la política interior norteamericana eran, dentro de lo que cabe, elementales. Desde entonces, la guerra de Vietnam y la cuestión negra y la revuelta juvenil han agudizado los problemas del poder y han agudizado su necesidad de defensas. Hasta hace pocos años, y todavía hoy legalmente, el poder sólo podía reprimir a partir de hechos consumados. El trabajo siguiente era investigar a partir de esos hechos para llegar a sus causas y a todas las ramificaciones personales y organizativas. El delito debía probarse y los mecanismos del poder se aplicaban o bien sobre un delincuente ya fichado o sobre un ciudadano al que se tenía la obligación jurídica de colocar por encima de cualquier acusación previa.

La disposición del poder ha dado un giro de cuatrocientos grados, si es que se pudieran dar giros de cuatrocientos grados. Lo ideal sería conseguir tener un fichero con el «curriculum vitae» de toda la población. Esto es hoy materialmente posible gracias a las memorias cibernéticas, y el poder necesita tener una memoria rica en la que meter a todos los súbditos. Una memoria para la que no existirían puertas cerradas, tabiqueras, ni siquiera el derecho a la madriguera individual.



EL CONTROL DESDE EL NACIMIENTO A LA MUERTE

El humanismo del control

Hoover declaró en cierta ocasión que el «control» es una medicina preventiva sumamente humanitaria. «El hombre que se sabe vigilado, controlado, se lo piensa dos veces antes de delinquir». Naturalmente, previa a esta situación, el poder ha dictaminado qué es delito y qué no es delito y, lo que es más grave, defiende normas y verdades que fueron incluso programadas siglos atrás. Si el poder sabe las tendencias de cada cual, le será mucho más fácil atajar las desviaciones de cada cual o, en su momento, utilizar ese conocimiento de los rincones de la conducta para coaccionar declaraciones y actitudes.

Todo lo que las convenciones sociales han convertido en vergonzoso y que cualquier ser humano ha tratado de realizar en el fondo de su madriguera, a oscuras, el poder puede saberlo, mantener ese dato aletargado hasta que haga falta. Puesto a prueba el ciudadano, rara es la persona que resiste la coacción: si no colabora, determinadas zonas de su conducta oscura quedarán a la luz del día, como en esos sueños angustiosos en los que el protagonista se descubre desnudo en medio de una calle siempre an-

cha, inacabable, bajo la mejor luz del más grande de los soles.

Si en ocasiones se ha recurrido a la tréta de meter droga en el bolsillo del «black panther» y condenarlo por drogadicto, no por «black panther», o utilizar gigolós y depravados para crear situaciones íntimas coaccionantes, ¿qué no podrá hacerse en esa negociación secreta en la que la inmensa, omnipotente memoria, recuerda a la víctima todas sus inquietantes sabidurías secretas?

Se está previendo una situación occidental futura en la que la contestación haya crecido hasta extremos peligrosos. Entonces se comprobará la utilidad del trabajo de base que ahora se está realizando. Ese escolar de cuatro años al que se pregunta por las conversaciones de sus padres crecerá y con él los datos de sus acciones, aficiones, amigos, familiares. Esa ficha saldrá de los ficheros en ocasiones importantes; antes de su entrada en la Universidad, por ejemplo; o como acompañante de un informe en demanda de trabajo; o como guía para cualquier policía científico, si el niño en cuestión se sitúa algún día al margen de la Ley. Un país de treinta, cuarenta, cien millones de habitantes era un país de treinta, cuarenta, cien millones de incóg-

nititas, de ignorados enemigos potenciales. La memoria del poder estará en condiciones de aplicar la vieja máxima: «Saber es defenderse».

Pero es una máxima que está por igual al alcance de la comprensión de la presunta víctima. De hecho, la toma de conciencia del «control», como la toma de conciencia de la «contaminación del medio ambiente», son factores nuevos que tendrán un peso en la relación crítica del individuo con la organización social e histórica que le cobija. La repugnancia por el «control» no es ya una alergia reservada para anglosajones individualistas, hipercríticos ante la menor pérdida de sus libertades. El control es ya en Occidente la única garantía defensiva sería que conserva el poder y, por lo tanto, el principal obstáculo para cualquier modificación en el «status» de su relación con la sociedad.

La repugnancia ante ese poder mirón, como la repugnancia ante ese poder manipulador e integrador del consumo y la seguridad, está conformándose en ideología crítica, de momento fundamentalmente formulada por los poetas de la contracultura americana. Pero cada día estos temas, estas preocupaciones van entrando más en los laboratorios de análisis críticos de

los científicos sociales y bajo la lente del microscopio se adivina una fenomenal batalla de bacterias de la protesta, la rabia y la indignación.

El nuevo horizonte de la libertad

Tal vez uno de los mejores libros publicados en España en bastantes años sea el que acaba de aparecer en la colección Maldoror, de Editorial Mateu, bajo el título *El trabajo*, en el que se recoge una larga entrevista entre Daniel Odier y William Burroughs. El prólogo de Salvador Clotas, una magnífica síntesis de la teoría y la práctica de Burroughs en relación con la conciencia personal de prologoista, dice que la obra de Burroughs es «... la única propuesta de revolución cultural engendrada por el mundo occidental». Clotas basa esta seguridad en la última frase, que cierra las impresionantes declaraciones de Burroughs: «Si queréis el mundo que podríais tener, en nombre de los descubrimientos y riquezas actualmente existentes, estad preparados para luchar por ese mundo. Para luchar por ese mundo en la calle».

Burroughs no es un pesimista his-

tórico, no es el clásico pensador «menstrual» que considera irracional el fantasma de la historia cíclica (nacimiento, ascensión, decadencia, muerte). Burroughs cree en el progreso continuo, pero advierte que nunca ha habido tanto desfase entre lo que podría ser la vida del hombre y lo que es por culpa de la supervivencia de intereses caducados, parapetados en el bunker del poder. «Para viajar por el espacio hay que deshacerse de la anticuada basura mental».

Burroughs hace suyo en cierta manera el lema que guió el espíritu aventurero de los navegantes de los siglos XV y XVI: *Navigare necesse est. Vivere non est necesse* («Viajar es necesario, vivir no es necesario»). La ciencia y la técnica capacitan al hombre para dominar limitaciones graves: distancia, hambre, ignorancia podrían mantenerse a raya e incluso iniciarse un proceso de total destrucción de estos fantasmas co-históricos. Por otra parte, la conciencia humana se ha afinado lo suficiente para saber qué es lo positivo y qué es lo negativo. Pero los montones de basura material y espiritual impiden el viaje hacia la conquista de la libertad. Panza arriba se defienden los órdenes caducos, y de las monstruosas bocas salen palabras viejas, que matan o duermen; de los viejos cuerpos obscenos gestos de contención y «stop».

Tengo entendido que Burroughs es personalmente lo más parecido a un funcionario norteamericano de Correos que uno pueda imaginar. Nada en su aspecto traduce la tempestad crítica de este marginado. Su lenguaje no pertenece a ninguna de las escolásticas conocidas y, sin embargo, gran parte de su crítica podría suscribirse el pensamiento marxista occidental, aunque entre Burroughs y lo que hasta ahora ha dado de sí teóricamente el marxismo aplicado a la era atómica, media la desconfianza que el escritor y pensador norteamericano siente ante la relación mecánica entre cambio socio-económico y superación de ideología fósiles. El problema de la libertad como medio de realización personal y comunitaria (no existe libertad personal sin libertad comunitaria en el pensamiento de Burroughs) implica conceder al problema de la «garantía de la libertad» una importancia similar al problema del cambio de estructuras.

Las insuficiencias racionalistas de Burroughs condicionan la existencia en su pensamiento de «fugas irracionales», comunes en todos los llamados profetas de la contracultura. Esas fugas irracionales hay que explicarlas en la especial relación de la «contracultura» con la realidad norteamericana y que nada tiene que ver con la posible respuesta de un intelectual crítico europeo, heredero de cien años de



Se cree que el FBI dispone de un fichero donde está un 40 por 100 de la población norteamericana. No sólo están allí los que han delinquido en una u otra ocasión, en mayor o menor gravedad o medida. A los ficheros del FBI va a parar información clandestina, suministrada por medios no legales y sobre toda clase de personas...

LA MEMORIA DEL PODER

conciencia crítica de la Historia y la sociedad.

Pero los pensadores rebeldes norteamericanos han tenido la ventaja de descubrir antes que nosotros el ojo secreto del televisor al servicio del poder, del magnetofón que registra hasta nuestros jadeos, la coacción consumista, la contradicción entre verdad establecida o norma legal y necesidad de saber y superar, la contradicción entre la libertad como principio y el control como su garantía. Burroughs y sus equivalentes llevan notable ventaja al pensador europeo, puesto que han nacido en el epicentro de un sistema policial universal, a dos manzanas de centrales de la CIA, a unos cuantos kilómetros de laboratorios subterráneos donde se patrocina y prepara la «mutual deterrance».

Burroughs descubre una constante universal e historicizable de la brutalidad al servicio del miedo del poder, de su miedo al cambio. Compara la sutileza del control que los sacerdotes mayas ejercían sobre el pueblo mediante calendarios, con la sutileza de los actuales instrumentos de control:

«Los mass-media, periódicos, radio, televisión, revistas, componen un calendario ceremonial al que está sometida toda la población. Los «sacerdotes» sabiamente se ocultan tras montañas de datos contradictorios y niegan a voces su existencia. Al igual que los sacerdotes mayas pueden reconstruir el pasado y predecir, sobre bases estadísticas y contando con manipular la información, el futuro. La prensa diaria almacenada en hemerotecas permi-

te reconstruir el pasado. ¿Cómo pueden los sacerdotes modernos predecir los hechos, azarosos en apariencia, del futuro? Empecemos por los muchos factores de los mass-media que pueden ser controlados y pronosticados:

«1. La composición de los periódicos y de las revistas se decide por adelantado. Los programas de televisión que se utilizan yuxtapuestos a las noticias radiadas también se deciden por adelantado.

«2. Las noticias pueden ser exageradas y minimizadas. Hace diez años, las detenciones por tenencia de drogas ocupaban cuatro líneas en la última página de los periódicos ingleses. Hoy son titulares de primera página.

«3. Editoriales y cartas al director. Las cartas que se publican son seleccionadas de acuerdo con una política preconcebida.

«4. Los anuncios.

«Así, pues, el calendario ceremonial moderno es casi tan predecible como el de los mayas. Por lo que respecta al calendario secreto, por medio de los anuncios, los editoriales, los relatos periodísticos, etcétera, pueden insertarse cuantas órdenes reactivas se deseen. Las órdenes contradictorias son parte intrínseca del moderno medio ambiente industrial: «Pare», «Siga», «Espere aquí», «Vaya allí», «Pase», «Aguarde fuera», «Sea hombre», «Sea mujer», «Sea blanco», «Sea negro», «Viva», «Muérase», «Sea usted mismo», «Sea otra persona», «Sea un animal humano», «Sea superviviente»...».

«Los periódicos propagan la violencia, el sexo, las drogas y luego salen con la vieja musiquilla de bien, mal, familia, Iglesia, patria. La cosa está muy débil. El moderno calendario de control está quebrando. En la llamada sociedad «permissiva», los castigos se han desequilibrado con respecto a los premios, y los jóvenes ya no se conforman con los asquerosos premios que se les ofrecen. La rebelión es universal».

El conocimiento no basta

«Ese ciudadano «controlado», apresado mediante el conocimiento, puede llegar a una comprensión de su situación y tratar de salir de ella. Pero hay la suficiente fuerza ejercida en sentido contrario de esa liberación como para hasta ahora contrarrestarla. Ya no hablamos ni siquiera en el terreno del cambio político en sí. No nos movamos de la protesta suscitada por el conocimiento de todo lo que atenta contra la supervivencia misma. Entonces la represión ya no la moviliza «el poder político», sino el poder del dinero, el poder de los intereses económicos. «El dinero —dice Burroughs— es como la droga. La dosis que basta para el lunes no bastará para el viernes. Vamos a toda velocidad camino de una inflación mundial, comparable a la que ocurrió en Alemania después de la primera guerra mundial. A la desesperada, los ricos almacenan oro, diamantes, antigüedades, primeras ediciones, pinturas, sellos, comida,

licores, medicinas, herramientas y armas».

Es el dinero el que elimina descubrimientos y productos nuevos porque amenazan a los intereses existentes. Burroughs denuncia una serie de casos límite, en los que al intentar combatir determinados defectos de la civilización industrial, el control del dinero fabricante de esos defectos ha podido más que el interés liberalizador de la comunidad.

— La clase médica escamotea el acumulador de oronas de Reich y sus descubrimientos sobre los usos y peligros de la energía orgánica.

— Suprimen el uso masivo de vitamina E para prevenir ataques del corazón y de vitamina A para curar simples constipados, en beneficio de productos farmacéuticos encarecidos y comercializados.

— Se impide el uso de apomorfina en el tratamiento del alcoholismo y de los drogadictos, así como en la regulación de los trastornos del metabolismo.

— Los especuladores del suelo sabotean proyectos de viviendas como las Lustron: casas prefabricadas a base de acero esmaltado y una capa aislante exterior, a prueba de termitas, de oxidación, de años. Podía haberse vendido a 5.000 dólares (unas 350.000 pesetas) en Estados Unidos. Se bloqueó la adquisición de los materiales necesarios.

— El coche Tucker solucionaba buena parte de los problemas derivados del imperio del automóvil. Se bloquearon las materias primas destinadas a Tucker y tuvo que desistir de su proyecto.

La fábula del «viaje eterno», que el humor del cine británico plasmó en *El hombre del traje blanco*, ha dejado de ser una fábula. Los poderosos intereses industriales controlan el mercado, fijan precios, exterminan todos aquellos productos que satisfagan una necesidad por la vía de la ruptura con las normas establecidas. La cárcel del hombre contemporáneo no es sólo una cárcel política, sino también consumista. Delinquir contra el orden establecido no es sólo una cuestión de transgredir las leyes, sino también de tratar de salir del inmenso SUPERMERCADO. Atentar contra la oferta y la demanda es casi tan grave como atentar contra un jefe de Gobierno.

Y el control es universal

Retomemos la afirmación-pregunta dostoyewskiana: Si Dios no existe, todo está permitido. La ley se

ha encargado de hacer inviable esta formulación. Se ha creado un código de conducta, según el cual se premia o se castiga. Como meta global de los que escogen la vía premio, aparece un rótulo luminoso donde relampaguea la palabra éxito. «Triunfar en la vida», el «slogan» que nos ha acompañado en toda escolaridad, no era otra cosa que alcanzar las más altas cotas de seguridad y respeto ajeno, basados respeto y seguridad en no violentar los códigos establecidos.

Precisamente, el descrédito del premio, de lo que se entendía por premio, ha condicionado la actual situación, en la que lo establecido está históricamente desarmado y comprensiblemente desprovisto de elementos-comprensión de todo lo que se niega. La reacción por parte de ese obscuro pulpo es perfeccionar la adiposidad de sus patas y envolver al mayor número posible de gentes, preventivamente, por si no aceptan el encantamiento del premio o el riesgo del castigo.

Burroughs es muy lúcido en este tipo de formulaciones. Por ejemplo, brinda una magistral explicación del por qué la ciudadanía de Estados Unidos no es consciente de los «errores de fondo» de su civilización, de su exportada civilización. Pero, en cambio, Burroughs se ahoga a veces en la poética o se queda definitivamente en su marginación peculiar, en la otra orilla, desde la que contempla un mundo sospechosamente heterosexual. Así puede decir que se es feliz en España porque la pobreza mantiene a la gente ocupada: «Allí puede usted ver la felicidad por la calle, en la cara de la gente, lo que no verá en las calles de Suecia». En cambio, su definición de lo que es política le haría especialmente infeliz entre nosotros: «Es necesario crear en cualquier momento tantos nuevos conflictos como se pueda, y siempre agravar los conflictos existentes».

Llevado por el humorismo o una inmensa, cosmológica amargura de ser inmensamente inmerecido por los tiempos, Burroughs prefiere nacer en una probeta que de una mujer. Mas bien me inclino por la hipótesis del humor, porque Burroughs añade que de esta manera (según el tamaño de la probeta, supongo) naceríamos en una edad conveniente «... y no tendríamos toda esa infancia».

Pero el otro Burroughs, el que se enfrenta a la viscosidad del control, el que quisiera romper esa lasciva memoria del poder, el que querría destruir el fichero que día a día se construye y sitúa al ciudadano por debajo de una original sospecha, de un nuevo concepto de «pecado original»... ese Burroughs es un testigo de excepción que puede ayudarnos a ver el ojo secreto, la omnipotente cámara de televisión que nos acompañará desde el nacimiento a la muerte. ■ M. V. M.

